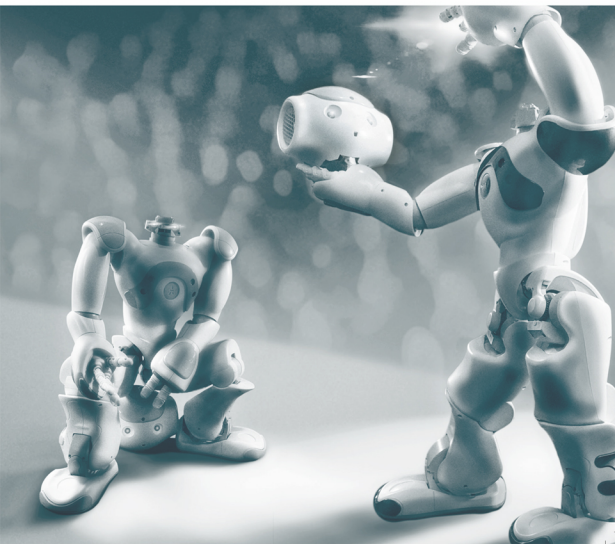


# Teatronika\_02

Segundo concurso de  
guiones para robots

Reflexiones sobre robótica,  
arte y escena

Martí Sánchez-Fibla  
Beatriz Liebe Masferrer



Reflexiones sobre robótica, arte y escena **Teatronika\_02**

## Ensayos

- 13 **¿Por qué nos resulta interesante (y entretendiendo) hacer teatro con robots?**  
Beatriz Liebe Masferrer
- 18 **El teatro con robots por llegar**  
Martí Sánchez-Fibla
- 25 **Teatro en el valle inquietante**  
Stefan Kaegi, Cía. Rimini Protokoll
- 29 **Frankenstein y el miedo a la inteligencia artificial**  
Miquel Barceló

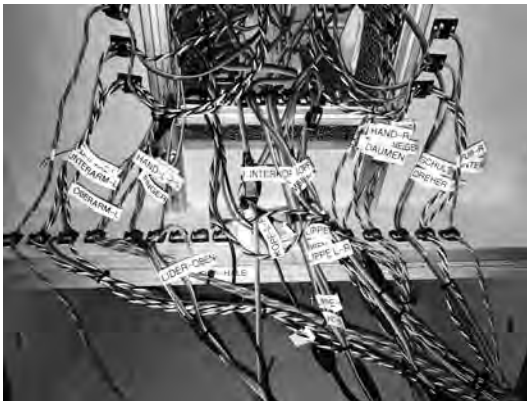
## 34 BASES DEL CONCURSO

### Guiones ganadores

- 39 **Sin ley**  
Jordi Casanovas
- 49 **Instrucciones**  
Daniel Alejandro González López
- 57 **Flota un ataúd en el espacio**  
Chema García Ibarra
- 63 **La peluca**  
Carlos Mirás Avalos
- 69 **Uncanny Valley**  
Helena Matamala
- 83 **Siempre se van los mejores**  
Nacho Pintos
- 91 **Ciencia dramática. Pequeña pieza para tres robots**  
Tomás Afán Muñoz
- 97 **Ser-Es compatible. La ridícula comedia de ser o no ser compatible**  
Tito Ascendra
- 103 **Ubi sunt. Tragicomedia corta de cuatro robots**  
Xavi Farré Sahun
- 111 **Acciones**  
Clara de la Torre Fernández
- 118 **Agradecimientos**



© Gabriela Neeb



© Stefan Kaegi

Una producción de Münchner Kammerspiele (Múnich). En coproducción con Immersion – Berliner Festspiele (Berlín), Donaufestival (Krems), Feodor Elutine (Moscú), FOG Triennale Milano Performing Arts (Milán), Temporada Alta – Festival de Tardor de Catalunya (Girona), SPRING Utrecht (Utrecht). Derechos de representación: Rowohlt Theater Verlag (Reinbek bei Hamburg).

## Teatro en el valle inquietante

Stefan Kaegi, Cía. Rimini Protokoll

Seamos sinceros: ¿Quién no mejora su eficiencia gracias a la velocidad de procesamiento? ¿Quién no llena los huecos de memoria gracias al espacio de almacenamiento de las memorias informáticas? ¿Y quién no alivia su dolor gracias a los medicamentos?

Pero ¿hasta dónde estamos dispuestos a llegar? ¿Hasta qué punto estamos dispuestos a tacharnos de la ecuación si resultamos ser sus factores más frágiles?

Quizás, y esta es la tesis inicial de mi proyecto teatral *Uncanny Valley*, en el teatro se pueda plantear una cuestión que afecta a la sociedad en todos los ámbitos de trabajo amenazados por la robótica (que ya se sabe que son todos). Se trata de la cuestión de recurrir a la robótica allí donde la repetición ha pasado a estar al servicio de la genialidad: en el funcionamiento basado en el repertorio del teatro.

Hace más de un año nació la idea de poner sobre el escenario, donde los intérpretes aparentemente suelen irradiar un aura única, un cuerpo que actuara una y otra vez sin quejarse, para reflexionar sobre su propio proceso de creación: un clon artificial impulsado por electricidad y señales DMX.

Así fue como, junto con el escritor Thomas Melle, creé una copia de él mismo. En el departamento de caracterización de la Münchner Kammerspiele, se diseñó un molde de silicona del escritor —o, en sus palabras, se sometió a «un proceso equiparable a extraer una máscara mortuoria». El resultado fue una piel que

se parece al original como si fueran dos gotas de agua. Simultáneamente, en el taller de unos manitas de la electromecánica en Berlín se gestaba su vida interior: un esqueleto formado por partes del cuerpo impresas en 3D al milímetro y propulsadas por 32 servomotores.

Esta es una empresa compleja que invita a reflexionar sobre el hecho de ser humano, al igual que cualquier otro tipo de autorretrato, ya sea una pintura rupestre, un dibujo a pluma, una escultura o una selfi. Para reproducirlo artificialmente, hay que fijarse en todos los detalles del natural. Y servirse de toda clase de materiales para representar un original ducho en filosofía y su texto.

La robótica lo puede todo, pero solo si los ingenieros saben lo que debe poder hacer. De golpe, como director, me vi obligado a concebir desde la mesa de dibujo lo que normalmente desarrollaría y perfeccionaría a base de ensayos. Thomas Melle tuvo que observar cómo se generaba poco a poco una variante de sí mismo, al principio realmente poco sólida.

Porque —y esta puede que sea la experiencia más sorprendente de este proyecto— un humanoide es cualquier cosa menos una inteligencia artificial inmaterial. La palabra *robot* a menudo desata el miedo ante máquinas asesinas que no solo son capaces de correr, disparar o volar más rápido que nosotros, sino también de asimilar cualquier herida, como una medusa. Nuestro humanoide, en cambio, tuvo contracciones nerviosas (electrónicas) en las puntas de los dedos durante los ensayos y tras solamente dos representaciones se rompió el cuello, si bien pudo repararse en las dos horas que faltaban para la tercera representación. Los subidones de adrenalina que provocó el incidente en todos los implicados no fueron menos que si se tratara de la afonía en un cantante de ópera.

Y sí, pocas veces he sentido tanto miedo por un intérprete. Pocas veces tanta empatía. No es de extrañar, pues nunca había pasado



fotografía © Stefan Kaegi

tanto tiempo enseñando a un actor a hablar, palabra por palabra, definiendo hasta el más mínimo de sus movimientos de muñeca con una curva de aceleración precisa al segundo. Sin ser padre, me imagino la crianza de los hijos como un juego de niños al lado de esto.

Porque, al igual que cualquier robot, este también puede hacer solamente justo aquello para lo que ha sido construido: en la industria de la automoción los robots saben construir coches, pero no abrazar; los bots de ajedrez pueden hacer un jaque mate, pero no cocinar; y, del mismo modo, este robot teatral no puede asesinar ni amar, sino solamente actuar.

Sin embargo, dado que nuestras propias funciones —no solo en el teatro, sino también en la oficina, la red o el día a día familiar— consisten en buena parte en actuar, en representarnos a nosotros mismos, este robot intérprete toca una fibra sensible de los espectadores. Como público, están programados para identificarse con lo que tienen delante. Para sentir empatía. Algunos tienen lágrimas en los ojos, otros me reiteran que en nuestro

humanoide han visto con admiración a un actor realmente virtuoso desempeñando su papel de robot.

Parece ser que el humanoide, con sus palabras, gestos y baile delicado, consigue despertar en el público emociones que hasta entonces solo habían despertado actores vivos y, con ello, consigue también iniciar el programa que los lleva a actuar como un público de lo más normal, un público que se identifica y que al final, de entrada vacilante, pero luego sin reservas, aplaude.

Este aplauso es el gran acontecimiento. Es un aplauso que, como suele ser habitual, primero va en aumento, después se detiene, inseguro, para regresar de nuevo hacia el final de los créditos. Es un pequeño acto de rebeldía que intenta escapar de la rutina, para poco después volver a caer en ella.

Así pues, ¿hasta dónde estamos dispuestos a llegar para mejorar nuestra eficiencia? ¿Nos continúa ayudando la eficiencia aun cuando nosotros ya no estamos ahí?

Sea como sea, tras el estreno, metimos la copia electromecánica de Thomas Melle en una caja con una fijación ajustada marcialmente a la altura del cuello, mientras que Thomas y yo nos pusimos en camino hacia la fiesta del estreno, con una desabrida sensación de compasión, con la pena de no poder compartir esa emoción con la copia. La misma copia que creamos para no sufrir ni sentir pena. El hecho de que el humanoide no corresponda ese sentimiento forma parte de lo que lo define, y para nosotros forma parte del valle inquietante que nos separa de él.

Publicado originalmente en el número 32 de la revista de la Kulturstiftung des Bundes.



Os presentamos la segunda edición de **Teatronika**, un proyecto que quiere acercar la robótica a las artes y a la cultura para todos los públicos. Este libro recoge las bases y los ganadores del segundo concurso de guion teatral corto para robots, convocado en 2018 por la Asociación de Divulgación Científica y Cultural Teatronika, y que otorgó el primer premio a la obra *Sin ley*, de Jordi Casanovas.

Con el objetivo de contextualizar el concurso y dar ciertas pistas sobre el estado del arte de la robótica, hemos incluido, además, cuatro reflexiones a cargo de Martí Sánchez-Fibla y Beatriz Liebe Masferrer, realizadores del proyecto, Miquel Barceló, miembro del jurado, y Stefan Kaegi, de la compañía Rimini Protokoll, a quien hemos querido invitar debido a su relevancia en el campo de la escena teatral y la tecnología.

Esperamos que disfrutéis de este encuentro con nuevos imaginarios. Teatronika no es más que una invitación a situar la robótica, la inteligencia artificial y la tecnología, en general, en ámbitos más cercanos, en los que todos podamos participar y generar opinión.



GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE CIENCIA, INNOVACIÓN Y UNIVERSIDADES



radio3



Ajuntament de Barcelona

BARCELONA CULTURA



Generalitat de Catalunya  
Departament de Cultura



upf Universitat  
Pompeu Fabra  
Barcelona